

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

A P A R T A D O 4 7 3

Año III Madrid, 30 de agosto de 1926 Núm. 59

La hija de la Pompadour

POR

Andrés Guilmain

Ilustraciones de BASILIO

Y

EL HOMBRE QUE VIVIO DOS VIDAS

POR

Encarnación de Viguri

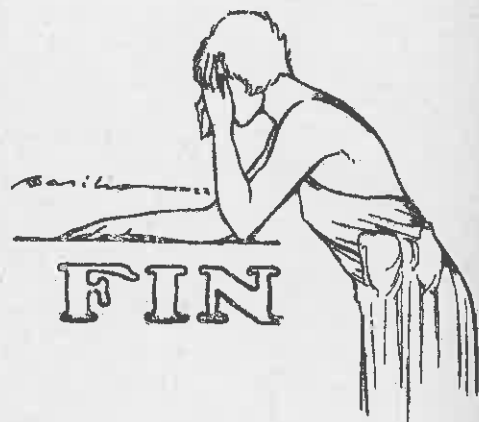
UNA PESETA

MADRID

IMPRENTA ARTÍSTICA. SÁEZ HERMANOS

NORTE, 21. - TELÉFONO 17 - 65 J.

1926



EL HOMBRE QUE VIVIO DOS VIDAS

NOVELA POR

ENCARNACION DE VIGURI

I

La noticia corrió por la ciudad como el son de las campanas de sus veinte campanarios.

Mariano Velallos, el célebre bandolero *Marianete*, había caído herido de un balazo por la Guardia civil.

En el Mercado grande todos comentaban el fausto suceso; grupos de sacerdotes del Mártir, que supo decir a los fariseos: "el que esté libre de pecado que arroje la primera piedra", comentaban con alegría la captura y la muerte del bandolero.

Don Pedro, don Julián, don Antonio y don José se felicitaban de ello y se decían unos a otros con ramplonería provinciana: "Tenía que ocurrir: el que mal anda, mal acaba."

Despreciaban al ladrón valiente y arriesgado ellos, que, como casi todos los ricos de la ciudad cristiana y levítica, habían hecho sus capitales con la usura, enriqueciéndose a costa del pobre labrador castellano. Mariano Velallos, el bandido de leyenda, había pagado con su vida. Don Pedro, don Julián, don Antonio y don José, ¿con qué pagarían?

En otro grupo varias *dulces provincianas* hablaban comentando el motivo del día:

—Dios me ha oído—decía una jovencita rubia—; yo le había pedido en la Comunión la muerte del bandido.

—Yo también—dijeron varias voces.

Todas querían tener parte en la muerte del bandolero.

Mariano Velallos tenía amedrentada la ciudad. La leyenda popular hacía de *Marianete* un ángel o un demonio, todo menos un hombre. El robo de los tapices del palacio de Superunda, la muerte misteriosa de uno de los más terribles usureros de la ciudad, donde lo son todos, y que apareció con un puñal clavado en el corazón, y todos los vergonzosos contratos hechos ceniza en la amplia chimenea, para que la familia se viese imposibilitada de hacer pagar a los que cayeron en las garras del usurero.

Las diversas escapatorias de la cárcel, donde no había ni cerrojos ni llaves que le resistiesen, hicieron del bandido de Cardeñosa un ser fantástico.

La noticia de su muerte había corrido varias veces por la ciudad. Ahora la noticia era exacta.

Alguien le delató, y *Marianete* fué cercaado como una fiera y perseguido en la inhospitalaria llanura del Valle Amblés.

Le cazaron como a una bestia dañina; tiró su cartuchera para correr libremente, y sus piernas de gamo ensayaron una carrera frenética—no llevaba armas encima y no pudo hacer frente—; la bala de uno de los fusiles de los guardias le hirió, y el roble se vino a tierra.

Le cogieron y le llevaron a una alquería próxima; el bandido se debatía entre la vida y la muerte, y tuvieron que sujetarle con fuertes maromas, porque si no aquel hombre indomable hubiera muerto matando.

Extendieron un colchón en el suelo, y sobre él colocaron el cuerpo de *Marianete*. Todos los servidores de la casa le rodearon. En un rincón, mirándole hipnotizado, pálido y como sonámbulo, el hijo de los dueños de la finca, Roberto Sanjurjo, un niño de ocho o

diez años, no apartaba su mirada del rostro del bandido.

La voz enérgica del bandolero se dejaba oír, repitiendo en su delirio una frase obsesiva:

—Quiero vivir, quiero vivir. Que me curen, quiero vivir.

Sus ojos verdes y fosfóricos, sembrados de vetas doradas que se revolvían como serpientes, se cruzaban con los de Roberto, y el niño sentía en el cerebro una descarga eléctrica; entonces la voz de Mariano Velallos se hacía más enérgica y más voluntariosa:

—Quiero vivir, quiero vivir—repetía como un fúnebre ritornelo.

El niño miraba al bandido con una morbosa atención. Sus ojos dorados y cándidos, que nunca habían contemplado la muerte, no podían separarse del rostro de aquel hombre, que abandonaba la vida en plena juventud, lleno de vigor físico y de amor a la existencia. Su mirada se hacía cada vez más turbia. El estertor agónico se mezclaba a su sola frase:

—¡Quiero vivir, quiero vivir!

De repente, el ladrón, reuniendo todas sus fuerzas, se incorporó, mirando al niño.

Un chorro de sangre negruzca y coagula-

da salió de su boca y, cuando volvió a caer sobre el colchón, ya su alma había abandonado su cuerpo, a pesar de su voluntad rabiosa de vivir.

Este espectáculo inédito y terrible no pudo presenciarlo el niño. Al ver la máscara de la Muerte sobre el rostro del bandido, su cuerpecito cayó a tierra, exánime.

Las lágrimas de su madre, refrescando su frente blanca, como una flor de nardo, le hicieron abrir los ojos.

—¿Ha muerto?

La madre negó con la cabeza.

—Sí, yo sé que ha muerto—dijo el niño, y se echó a llorar.

—Lo siento—prosiguió—. Me atraía ese hombre; era valiente, y, sin haberlo visto nunca, me era simpático. El tío Lucio me contaba tantas cosas de él mientras ordeñaba las ovejas. Yo hubiera dado, para que viviese, mi jaquita y mis ocho corderitos blancos.

Roberto hablaba lentamente, lleno de tristeza.

Su madre le abrazó, y le dijo con su exaltación árabe de granadina:

—Hijo de mi sangre, alma mía, no estés triste. ¿Qué te importa ese hombre? Era malo, y los malos deben morir. Estás temblan-

do; voy a desnudarte y traerte un buen tazón de leche con miel. Es lo que tú quieres, ¿verdad, goloso?

El cadáver de Mariano Velallos seguía extendido sobre el colchón, esperando la llegada del médico y del juez.

Aún conservaba liadas al cuerpo las maromas, como una burla macabra. Su boca, entreabierta, de labios sensuales y rojos—la Muerte, femenina al cabo, respetó la belleza salvaje del bandido—, parecía que iba a seguir pronunciando la última frase que fué su obsesión:

—Quiero vivir, quiero vivir.

Daba la impresión de que dormía, no con el sueño apacible del hombre ciudadano, sino con el sueño agitado, intranquilo, del hombre del bosque, fuera de la ley, que sabe que puede despertar para subir al patíbulo.

Caravanas de hombres y mujeres de los pueblos cercanos: Genuño, Aldea del Rey, El Fresno y Salobral, venían en burros y a caballo a rendir el último tributo de admiración popular al bandolero de leyenda.

Mozas castellanas, con sus pañuelos y los refajos de colores fuertes, con cenefas picadas o estampadas; viejas con mantillas de veludillo y rostros arrugados como pergami-

no; mozos, niños y viejos, todos deseaban contemplar al bandido.

Entraban graves, tristes. Presentían que aquel ser era el último héroe abulense. De haber nacido unos siglos más pronto, hubiese sido un ser legendario, y su nombre estaría, como el de Sancho Dávila, esculpido en el pie de la estatua de Teresa de Cepeda.

Las mujeres—a quien la presencia de la muerte exaspera, sin darse cuenta, el deseo sensual—miraban su boca de gozador, y algunas la hubieran besado con gusto.

—Era muy guapo—decía una moza a otra—; parece que está mesmamente dormido.

—Qué pelo tan majo tenía, todo escaracolado.

—Ni *pa* lo bueno ni *pa* lo malo quedan hogaño hombres como éste—exclamó un ventero, en cuya venta *Marianete* encontraba refugio, según murmuraciones.

—Y algunos le deben el tener una porrá de duros—contestó un valentón, humillado.

—¡El cura, el señor cura!

Todos le hicieron paso, y don Juanito, el anciano bueno, el aristócrata que por una bella y triste historia de amor renunció al título y a la riqueza y se hizo sacerdote, no para

satisfacer su vanidad aceptando los altos cargos eclesiásticos que le ofrecían por influencias familiares, sino para consolar el dolor estando cerca de él, de modesto capellán en el hospital provincial, se acercó al cadáver.

—Es ya tarde para darle la absolución— exclamó—. Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva, te perdonará.

Y con amor cristiano le dió un beso de paz en la frente.

II

Desde que murió el bandido de Cardeñosa, Roberto Sanjurjo no era el mismo.

Varios días estuvo con una fiebre cerebral agudísima, y si los esfuerzos de don Mariano Sánchez Montaña, médico abnegado y muy amigo de la familia, y el solo castellano leal de aquella provincia de Castilla, según decía Palmés, el catedrático de Geografía, perseguido por los clericales a causa de sus ideas piadosas y modernas, que ellos juzgaban disolventes, lograron sanar su cuerpecito, el espíritu del niño cambió tanto, que su madre estaba inquieta.

Robertito, que era un chiquillo alegre y comunicativo, se hizo reconcentrado y taciturno. No prestaba atención a las cosas que ocurrían a su alrededor, como si viviese una intensa vida interna.

Lo más extraordinario era la influencia del sol y de la luz sobre el alma del niño. Cuando su cuerpo se robusteció y sus mejillas adquirieron el color que tenían antes de la crisis que tan gran influencia había de tener en su vida, Roberto Sanjurjo pareció adquirir una doble personalidad.

Durante el día, mientras la luz bañaba su almita, era el niño bueno, dulce y sensible que había sido siempre: el chiquillo que entraba llorando en su casa porque había visto a unos compañeros de Instituto mortificar a un pájaro... Pero cuando las sombras del crepúsculo empezaban a poner un color de oro viejo sobre las murallas de la ciudad, los ojos del niño tomaban un aspecto casi cruel, y su alma se hacía turbia, y un deseo irrefrenable de hacer mal se apoderaba de todo su ser.

El padre, un señorito de provincia, abogado como todos los ricachos de la ciudad, que no sabía más que gastar su dinero en perros y en caballos, y que por ser hijo de un gallego llevaba en su sangre la inquietud de conocer tierras, hacía todos los años viajes que duraban cuatro y cinco meses, dejando a su esposa y al niño solos en aquella provincia, donde los meses se pasaban nevando y el al-

ma de las gentes era más fría y más cruel que la sábana que cubría el Valle Ambles, no se preocupó ni se dió cuenta—su caballo favorito estaba enfermo—del cambio que el temperamento del niño experimentaba.

Doña Angustias, la madre, que no vivía más que para él, se alarmó al notar los primeros síntomas; pero nunca como hoy la crueldad del chiquillo llegó a tanto.

Habían salido ella y su marido aquella noche a cenar con unos amigos, y después fueron al teatro.

Roberto quedó al cuidado de su vieja nodriza y de Petrilla, una muchacha de unos veinte años que había nacido en la finca de don Fernando Sanjurjo, el padre de Roberto.

Mientras duró el día, Roberto, lector infatigable, estuvo leyendo *Pilatillo*, del padre Coloma. Luego dejó caer la cabecita sobre la mesa del despacho de su padre. ¿Dormido? ¿Soñando despierto? Esto lo ignoraba Petrilla, quien se lo refería a doña Angustias.

—Yo, señora, viendo que el niño no daba señales de vida, entré a llamarle, y le di un golpecito en la espalda. Robertito se enderezó. Estaba muy blanco y los ojos le relucían como dos carbones. “¿Qué vienes a hacer

aquí, imbécil?"—preguntó—. Nada, Robertito—le contesté—. Entonces, señorita, tiemblo toda al pensarlo, el niño, como si estuviera poseído por el Enemigo malo, empezó a arañarme, a pegarme, a mordirme. No parecía un niño; parecía un hombre hecho y derecho. Mientras tanto, gritaba: "Te voy a matar; tengo gana de ver sangre." Su voz no parecía la misma.

La muchacha se retorció las manos, y añadió con temor:

—Yo creo que al niño le han echado alguna maldición, o que tiene los diablos en el cuerpo. Llévelo usted a la Santa, para que el padre Juan le diga los evangelios. La Tomasa, la del tío Lucio, estuvo que parecía mismamente privada de sentido, y los evangelios le han vuelto la razón.

—Está bien—contestó doña Angustias—. Lo que me dices me extraña. Chiquillo mejor que Robertito no existía. Vete a arreglar el comedor, ya hablaré yo con el niño.

Roberto Sanjurjo, cuando se levantó, fué a dar un beso a su madre. Con sólo mirarla, comprendió que ya sabía la escena de aquella noche, escena que le llenaba de vergüenza y de pesar.

Doña Angustias le habló, y en su acento

no había indignación, sino una gran tristeza.

—Roberto, hijo mío, Petrilla me ha contado lo que anoche hiciste. Yo no te hablo como a un chiquillo; desde muy pequeño tú solo has sido el confidente de mis penas, y todas las alegrías que he tenido, tú me las has proporcionado, Robertito. Enferma muy joven, desde que tú naciste, hijo de mi vida, tal vez porque me has causado mayor dolor que el que causan sus hijos a las demás mujeres; por esto yo creo que no hay en el mundo madre que pueda amar a un hijo como yo a ti, hijo de mi sangre. Acostumbrada al sol de mi país, me hubiera muerto de pena en este caserón tan grande viendo caer la nieve y obligando a los criados a cerrar las contras para no mirarla, me parecía que me oprimía el pecho, no dejándome respirar. En este país, cruel por el clima y por la gente, sólo tú, Robertito, has sido el sol de mi existencia. ¿Por qué ahora también me das disgustos?

El niño no pudo resistir más; lloraba calladamente, sin sacudimientos y sin sollozos, como un hombre que siente un gran dolor.

—Yo quiero ser bueno—dijo en un tono desesperado—; estoy arrepentido y avergonzado de lo de anoche. No soy el mismo, yo no

sé lo que pasa por mí. ¡Sálvame, madre, sálvame!...

Doña Angustias se estremeció. Siempre la llamaba mamá, en un tono mimoso y trivial. Ahora, al decirla madre, su acento era implorante, desgarrado, tristísimo. Era un llamamiento de auxilio a la sola persona que tenía para él un prestigio casi sobrenatural...

Desgarraba el alma ver aquella tristeza tan terrible en un chiquillo de su edad: nada más desconsolador ni más extraño que un gran dolor moral en un niño.

La madre le abrazó, llorando, y así permanecieron los dos mucho rato.

Don Fernando Sanjurjo, un hombre que había nacido con cuatro siglos de retraso, y que echaba de menos la Inquisición y el Feudalismo, entró con las espuelas puestas, preparado para dar un paseo a caballo.

—¿Qué hacéis?—preguntó con voz autoritaria—. ¿Estáis llorando?

Luego se encaró con su mujer:

—Al niño vas a convertirle en una sensitiva; voy a mandarle este invierno a los Jesuítas; ellos han hecho de mí un hombre, y a Roberto, con tus exageraciones, le vas a hacer un sentimental.

La madre palideció y nada dijo; sabía que hubiera sido contraproducente.

Don Fernando Sanjurjo se casó muy enamorado de su mujer. Huérfano desde muy pequeño, rico y caprichoso, al casarse con ella, muy cortejada por todos los mejores partidos de la ciudad norteña donde la conoció, fué una cuestión de amor propio. Como casi todos los hombres criados sin madre y sin ningún afecto femenino, Sanjurjo era un hombre duro y de poco corazón...

Autoritario y celoso hasta la aberración, tenía envidia del cariño que ella profesaba a su hijo; no le permitió criarlo y hasta la prohibió, mientras fué pequeño, cogerlo en brazos. Incapaz de un amor romántico, pues era un gran pasional, detestó inconscientemente al niño, porque Angustias Miranda enfermó después de darle a luz y quedó casi inútil para el amor...

Nunca le acarició; tan sólo a veces, después de la vuelta de algún viaje o cuando deseaba los besos de su mujer, que le gustaba de una manera extraordinaria, obsequiaba al chiquillo con juguetes carísimos, para complacerla.

Robertito tampoco quería a su padre. Cada vez que anunciaba su vuelta, el niño se

afligía. Prefería pasarse sin los juguetes que le regalaba, a aguantar a aquel señor que alborotaba toda la casa y que se pasaba largas horas encerrado con su madre en la habitación, sin que él pudiese verla ni escuchar sus cuentos de hadas y princesas. Además, aquel hombre debía ser malo, porque muchas veces, por su causa, había visto llorar a su madre, que era una santa. ¿Qué derecho tiene—pensaba el niño—para disponer de mí y estarme siempre amenazando con separarme de mi madre y llevarme a un colegio, para que mi mamá se quede sola en esta casa tan grande?

Al verle entrar, el niño se limpió los ojos y salió; a pesar de ser tan pequeño, tenía el pudor de su pena, y su instinto le hacía comprender que su padre no sabría compartirla.

Cuando los esposos se encontraron solos, la madre le explicó, sin contarle la escena de la noche anterior, el estado nervioso de Roberto.

—Bueno—contestó don Fernando—; yo me marcho mañana a Valladolid a pasar unos días en el colegio de Jesuitas; llévalo a un médico y haz lo que él te indique; yo creo que tiene exceso de mimo.

III

El doctor dijo que tan sólo se trataba de un gran desequilibrio nervioso, producido por la terrible conmoción que el niño experimentó al presenciar la agonía y la muerte del bandido de Cardeñosa. Recomendó un régimen y aseguró que Roberto Sanjurjo dentro de muy pocos días estaría completamente bien.

—Es un niño muy fuerte y sanísimo; usted es la que tiene que cuidarse y no preocuparse por lo que no vale la pena; el corazón está algo débil; aprovecharé para recetarla un poco de digital.

El plan del doctor fué seguido escrupulosamente, pero las extravagancias nocturnas de Roberto Sanjurjo continuaban. La noche ejercía en él un influjo absurdo y enfermizo.

Las tinieblas le emborrachaban como un bedizo de perdición fabricado por un brujo dañino. El poder misterioso y maligno de la noche era más fuerte que su voluntad y que su gran deseo de no entristecer a su madre. Sabía que en seguida que las sombras se extendiesen sobre la tierra, los deseos inconcesables y plebeyos se apoderarían de su ser, y el pobre niño no sabría vencerlos. Era una lucha absurda y estéril entre la doble personalidad que parecía existir en él, que ningún hombre hubiera soportado. Procuraba que su madre no se enterase de sus fechorías, pero raro era el día en que no tenía noticia de alguna. Una noche dieron las once, y el niño no había aparecido. Llegó muy tarde, casi borracho y con las ropas destrozadas; su aspecto era completamente distinto, pero a su madre, que estaba traspasada de pena, lo que la llamó más poderosamente la atención fué el cambio de color y de expresión que notó en sus ojos ingenuos y dorados mientras el sol lucía en el horizonte, y ahora verdes como el Cantábrico enfurecido y con vetas doradas, que se revolvían como serpientes, como los de Mariano Velallos, el bandido de Cardenosa.

La presencia de su madre tenía el poder de

transformarle y volverle a su verdadera personalidad. Ella no le dijo nada; adivinaba que algo inexplicable pasaba por la vida de su hijo.

Toda la noche la pasó sentada a la cabecera de la cama; se dió cuenta de que el cambio del niño comenzó después del día en que murió el bandido. Crédula y aficionada, como todas las personas de imaginación, a dar una explicación sobrenatural a los sucesos, la pareció comprender claramente que el ladrón, antes de morir, había embrujado al niño. No existía otra explicación; si el niño hubiera sido de malos instintos, éstos se le hubieran despertado antes; jamás la dió un disgusto, y por su sensibilidad y dulzura más bien parecía una nena. Admitiendo—siguió pensando—que hubiese podido cambiar de manera tan radical, sería siempre malo y cruel, pero no seguiría siendo el mismo chiquillo bondadoso mientras la luz alumbraba.

Era preciso llevarle a que le exorcizaran; al día siguiente era primer viernes de mes; comulgarían los dos, y el padre Juan, ante el altar de Jesús de Praga, tan querido por los niños, le leería los evangelios y le rociaría con agua bendita.

Muy temprano llegaron a la iglesia de San-

ta Teresa, a la *Santa*, como dicen en la ciudad. Roberto Sanjurjo iba todo vestido de blanco; su madre quiso ponerle el mismo traje que llevó cuando aposentó a Cristo por primera vez en su corazoncito. Llevaba un cirio-rizado en la mano, y tan blanco y tan rubio parecía un angelote de los del altar mayor. La madre y el hijo se arrodillaron, y pronto la voz apasionada, voz que debió ser hecha para pronunciar bellas palabras de amor más que cantos místicos, y que tenía el poder de emocionar a las señoritas de la ciudad, se elevó potente y dulcísima, acompañada por el órgano litúrgico:

*Las palomitas vuelan,
vuelan al palomar;
las almas que suspiran,
vuelan a vuestro altar:*

Las almas se iban arrodillando ante el altar, y la voz pastosa del padre José Luis seguía recitando las ingenuas estrofas.

Al volver a sus reclinatorios, la madre dió un suspiro muy fuerte e inclinó la cabeza; la angina de pecho de que morían todos los de la familia, acababa de estrangularse, agravada en aquellos días, debido a las inquietu-

des; se desplomó del reclinatorio, y cuando la gente acudió, ya estaba muerta.

El armonio seguía tocando, y el padre cantor repetía el estribillo:

*Las palomitas vuelan,
vuelan al palomar...*

El alma de doña Angustias Miranda había volado hacia su Creador.

IV

El tren rápido volaba por la llanura de Castilla.

En el *sleeping* un viajero contemplaba ávidamente la tierra parda de Mingorri.

Era el mes de mayo, y el trigo, poco crecido y como abrasado, no prometía una buena cosecha.

El viajero parecía un hombre abrumado por los recuerdos. Alto, elegante en su traje de cuadros, príncipe de Gales, se envolvía en un magnífico *plaid*; a pesar de esto, sus dientes se entrechocaban como si una fiebre interna le devorase.

Roberto Sanjurjo estaba muy cambiado; tenía ahora veinticinco años; habían pasado quince desde que murió su madre, y el niño de entonces era un hombre fatigado por una doble existencia que le abrumaba.

Sus cabellos eran grises, del color de la ceniza. Su cutis terso y dorado por la sombra rubia de su barba; la boca grande, de dientes muy iguales, la espiritualizaba el rictus doloroso de sus labios pálidos; los ojos, del color de la miel, ingenuos y bondadosos, con una mirada algo femenina, contrastando con el mentón, acusado y voluntarioso. Su mirada tenía una expresión de saudade, parecía añorar los países que no había podido recorrer y los labios que no pudo besar. Sus movimientos eran reposados, se adivinaba claramente que ninguna persona querida para su corazón le esperaba; ni una sola vez miró el reloj, parecía dormir con los ojos abiertos. De todo su ser emanaba una gran amargura que le hacía simpático. Era un hombre un poco femenino, que debía inspirar a las mujeres terribles pasiones. Sus caricias debían ser lentas; la lujuria no sabía agitar su medula, tan sólo conocía la sensualidad en la más noble acepción de la palabra.

Sus amantes, al amarle, nunca sintieron la humillación que sienten las demás mujeres cuando un macho las conquista. Roberto Sanjurjo no parecía jamás el conquistador, sino siempre el conquistado. Su boca sabía besar lenta y amorosamente; sus manos acariciaban

los cuerpos desnudos con la delicadeza de un escultor que plasma sus estatuas; el placer de sus amantes, con una falta de egoísmo también muy femenina, le interesaba más que el suyo propio; mientras *era él*, ni moral ni físicamente causó nunca dolor: éste era su grande y bello ideal ético; ni a una sola mujer le clavó los dientes en los labios.

El tren paró en seco.

—¡Avila, cinco minutos!—gritó, con voz gangosa, un empleado.

Roberto descendió del departamento. Entregó el talón y el billete a un hermano de Petrilla, que le esperaba, y se dispuso a atravesar la población a pie.

—¡Hotel Inglés! ¡Hotel Jardín! ¡Fonda Española!—gritaban los encargados de los hoteles, mientras sostenían una verdadera lucha para apoderarse de las maletas de los viajeros y colocarlos en los *rippers* inmensos, con forma de féretro.

Roberto Sanjurjo descendió por el paseo de San Antonio que, por su melancolía, tan bien rimaba con el estado de su alma. La campanita humilde del convento, con voz parecida a un gorjeo, llamaba a los frailes al refectorio; apercibió al hermano Máximo repartiendo el pan a los pobres, el que com-

pran con las limosnas que los fieles echan en el cepillo de San Antonio; no había cambiado nada el lego, tan sólo el tiempo le empolvó los cabellos.

Siguió andando; a pesar de lo avanzado de la estación, los árboles, sin hojas, levantaban al cielo sus ramas implorantes, como muñones de mendigos. Contempló la iglesia románica de San Vicente, y penetró, con el alma llena de una serena melancolía, en la ciudad de los campanarios. Parecía un cementerio de vivos; detrás de los balcones adivinaba muchos ojos clavados en él; se cruzó con varios militares, la población flotante de la ciudad, por lo tanto, desconocidos para él.

Como un nuevo Judío Errante siguió su peregrinación; pasó por el Puente, el barrio democrático y más alegre de la ciudad; la ermita de San Segundo, donde según el hada Leyenda, cayó el cuerpo del santo mártir, lanzado desde el torreón más alto de la muralla, sacrificio que ha servido para que una vez al año se reúna la gente alrededor de la ermita a bailar y a trasegar el rojo mosto de Cebreiros.

Por la carretera retorcida y rojiza, como una serpiente dorada, llegó al cementerio nuevo; no preguntó tan siquiera el lugar

donde descansaban los restos de la mujer que tanto le amó; aquel cuadrito de tierra no pudieron borrarle de su retina, ni el tiempo, ni la visión de toda Europa. Permaneció allí mucho tiempo experimentando una gran paz; le parecía que el espíritu luminoso de su madre hablaba con el suyo, con el verdadero espíritu de Roberto Sanjurjo, con un lenguaje hecho de armonía y de perfume.

Entonces tan sólo pensó en su padre, que yacía en un pueblecito de Córcega, donde murió durante uno de sus viajes. Roberto Sanjurjo, por un capricho pueril, no se ocupó de trasladar sus restos; quería que su madre y él, que tanto se amaron en vida y que tan separados de su padre estuvieron, reposasen juntos; el espíritu andariego del padre sería más dichoso con que su compañero estuviera cubierto por una tierra que tenía el encanto de no haber sido explorada por ellos mientras vivieron unidos.

Al volver hacia su casa iba pensando en su vida absurda y misteriosa, después del triste drama de la iglesia de la *Santa*.

Sabía que moralmente él había sido el asesino del solo ser a quien adoró. Nadie más desgraciado que él. Consultó a los más famosos doctores de Europa, esperanzado, cre-

yendo que aquella doble actividad podía provenir de un gran desequilibrio nervioso. Todos estuvieron acordes: Roberto Sanjurjo era un hombre equilibradísimo; la neurastenia ni la locura no podían clavar sus garras en sus nervios de acero. Otros pensaban que era una *pose* o un deseo de aparecer *snob*.

Un discípulo de Lebeater, ayudado por el propio Sanjurjo, que ya había creído averiguar la causa de su doble personalidad, le oyó con interés; enamorado del misterio de lo sobrenatural, puso toda su inteligencia y su sabiduría en buscar una explicación verdadera. Después de consultar muchos libros, tomar muchos datos e investigar la herencia de Roberto, sacaron en consecuencia que éste *tenía dos almas*.

Woman lo explicaba así. Roberto recordaba la sorpresa dolorosa que las palabras de Woman le produjeron.

Le habló del marino inglés que tenía dos corazones. No era el mismo caso; existía la diferencia que hay siempre entre lo espiritual y lo fisiológico; además, Roberto nació con una sola alma buena, sensible y dulce, un espíritu viejo, sin duda, pasado por muchas encarnaciones, lleno de piedad para el dolor, lo que les falta a los espíritus juvenes.

Sin estar preparado para resistir, se encontró enfrente de un espíritu casi primitivo, unido a un cuerpo fuerte y pasional, lleno de vida y de energía, y con un deseo desatado de satisfacer todas sus pasiones. La emoción había insensibilizado al niño, cayó en un letargo, y entonces el espíritu que necesitaba a la materia para satisfacer sus apetitos, entró en el cuerpo de Roberto y en él se aposentó; el alma del bandido, acostumbrado a vivir de noche, tan sólo cuando el sol desaparecía tomaba posesión como reina y señora del cuerpo de Roberto. Cada alma tenía sus horas, y durante el tiempo que reinaban, Roberto era un Ángel o un Demonio. Como el hombre de los dos corazones era un monstruo físico, Roberto Sanjurjo era un pobre monstruo moral. La lucha terrible entre su alma y la del bandolero le aniquilaba. El alma luminosa de las horas claras despreciaba al espíritu negro de la noche.

—¿No hay remedio, Woman, no puedo hacer nada?—le había preguntado lleno de angustia Roberto.

—No, nada; esperar a que una de las dos almas abandone tu cuerpo; si es la tuya, volverás a ser tú; si no, día y noche serás Mariaño Velallos, con una forma humana distinta.

Desde entonces la vida fué para él más cruel; todos los días, al llegar el crepúsculo, sufría de una manera extrahumana, temiendo que su alma le abandonase, dejándole a merced de la del bandido.

Hacía ya dos años que sus dos almas estaban de acuerdo en el deseo vehemente de volver a contemplar el Valle Amblés.

Lo había retrasado, porque en Burdeos, el verdadero Roberto Sanjurjo se enamoró de Mary Nito, una inglesita muy linda, hija del cónsul de Inglaterra. Era la primera vez que su alma buena sentía un gran amor. Salían por las tardes a los teatros, a pasear por el Jardín público y el Parque; paseaban, como los buenos bordeleses, una vez al día por la Plaza de la Comedia y tomaban el te en el café de Burdeos. Roberto Sanjurjo le decía los más lindos madrigales y las frases más apasionadas. La muchachita sonreía burlesca; riéndose de su cariño, le dijo que si quería ser su amigo no le hablara más de amor.

Por la noche no se veían nunca; Roberto vivía su doble vida en los *cabarets* nocturnos y en las tabernas del Puerto, entre los apaches y sus *poules*.

Aquella noche, en seguida que se despidió de ella, cambió de traje. Se puso un pa-

ñuelo al cuello y una gorra de visera gris. Sus ojos ya tenían la expresión de los del bandido, el alma de *Marianete* ejercía sobre el cuerpo de Roberto Sanjurjo su fatal dominio. Su belleza era más diabólica; la expresión de su rostro algo brutal; de noche era el macho instintivo a quien nadie puede hacer retroceder y que trataba a las mujeres como un instrumento de placer, sin ver en ellas más que la forma. Todas las histéricas de *cabaret* adoraban a *Marianete le Castillan*, como le llamaban sus nocturnos amigos.

La mujer, cuanto más baja cae, mayor tributo rinde al valor; he dicho mal, a la matonería. En la redención de la prostituta, más o menos elegante, ya tan sólo cree el hombre bueno y exaltado que se llama Vidal y Planas.

Le Castillan era el ídolo de los *cabarets* de medio pelo, y durante su permanencia en Burdeos, las cocotas más codiciadas le ofrecían sumas enormes para que aceptase el ser su *gigolo*. Su alma salvaje no pudo sufrir nunca la tiranía de una mujer; además, como los tigres y los leones, él deseaba a la hembra después de luchar y vencer al macho que la acompañaba.

Caminaba de prisa Roberto; los transeun-

tes se volvían por admirar las gemas de gran valor que lucía en sus dedos y que contrastaban con la humildad de su traje. A pesar de haber heredado ricas alhajas de su familia, Roberto Sanjurjo jamás se adornaba con ellas, prefería llevar en sus correrías nocturnas las que le habían regalado las ricas caprichosas que pasaron por su vida.

Un automóvil pasó rozándole y una mujer le llamó por su nombre. Roberto Sanjurjo se volvió rápidamente; haciéndole señas para que se acercase, estaba Mary Nito, el amor de su alma buena.

—¿Dónde va usted, Roberto?—le preguntó.

—Me esperan unos amigos—respondió Roberto—; son apaches que cenan casi todas las noches, con sus *poules*, en algún *cabaret* del muelle. Me gusta disputarles sus hembras.

—Suba al coche, Sanjurjo, yo le conduciré adonde usted desee—dijo la inglesita, y su voz tenía extrañas inflexiones de ternura.

Roberto aceptó con trabajo; tenía el empaque del *gigolo*, especie de idolillo cruel, porque se sabe bello.

—Roberto, yo no le creía a usted contagiado por lo fantástico. Nunca pensé que los

ambientes equívocos le atrajesen; pensaba que era usted un hombre demasiado bueno, y por esto no me interesaba. Me equivoqué y me parece usted delicioso en este otro aspecto.

Le hablaba con los labios casi pegados a la boca de él; las vetas de los ojos del bandido se agitaban, y a ella la producía un extraño gozo la expresión de crueldad del hombre a quien no pudo amar cuando le creyó demasiado bueno.

—Déjate de conversación, y si te gusto, bésame—dijo brutalmente Roberto.

Ella tuvo un movimiento instintivo de pudor y retrocedió en el asiento.

Sanjurjo la atrajo por los cabellos, mientras exclamaba riéndose:

—¿Qué te has creído, preciosa? Yo no sé respetar como el señorito imbécil que te hacía el amor estas tardes; a las mujeres no sé pedirles besos, se los exijo, y si alguien las defiende sé clavarle un puñal en el corazón, como hice anoche con el novio de la "Violeta".

Después la abrazó en un arrebato tigresco; los huesos de la frágil muñeca crujían, sentía un placer extraordinario con las caricias plebeyas de aquel hombre, que por un capricho

de una noche suprimía de una puñalada a su rival.

Le devolvía los besos frenéticamente, y sus mordiscos la producían un morboso placer algolánico; le habló delirante y enloquecida:

—Quiero ser completamente tuya, Roberto; ningún hombre me ha poseído jamás. Tan sólo los monstruos morales han podido producirme un latigazo de deseo. Yo estuve enamorada del gran hechicero de mujeres que se llamó Landrú, y hubiera dado mi fortuna y mi vida por que él me hubiera dedicado su última noche de amor. ¡Qué placer recibir las caricias del gran amador, del hombre de la voz de diamante que embrujaba a sus amadas y no consentía que ningún mortal las poseyera, después de haberlas tenido él en sus brazos! Tu alma es cruel como la suya, y tu cuerpo más bello; me gusta la inquietud en el amor, el miedo y la duda de no saber si al mismo tiempo que los besos de tus labios, tus manos, llenas de extrañas gemas, se clavarán en mi cuello hasta que mis ojos se vi-drien.

El auto volaba por la carretera de Lormont, tan bella y tan misteriosa como la de Cintra y que no ha tenido la suerte de encontrar como aquélla un gran escritor del

temple de Eça de Queiroz, para que nos cuente los misterios de Muerte y de Amor que bajo los álamos de hojas de plata han tenido lugar.

Roberto dió unos golpecitos en los cristales y el auto paró; después se internó con la inglesita en el bosque.

Mary Nito desfalleció de placer entre los brazos de Roberto, que supo amarla dándola mordiscos y lanzando aullidos de lobo; después de deshojar las flores de azahar, se apoderó de su magnífico collar de diamantes, que brillaba, alucinándole, en la negrura de la noche.

Roberto Sanjurjo, en la paz castellana de aquella tarde, recordaba todos estos sucesos, lleno de amargura.

No podía sufrir; ejecutaba sus crímenes dormido, abandonando su personalidad. Roberto era al mismo tiempo el asesino y el juez, y recordaba todas sus acciones criminales, odiándose a sí mismo durante el día, y sabiendo que, al llegar la noche, el alma del bandido dispondría de él a su antojo.

¡Qué palabras tan apasionadas le dijo Mary Nito cuando volvían a Burdeos y cómo la despreció Sanjurjo cuando la luz operó la resurrección cotidiana de su alma! Desde en-

tonces sintió una mayor amargura al verse vencido por el bandido en el espíritu turbio de aquella mujer. Esto le decidió a partir a su patria, después de devolverla el collar de brillantes, acompañado por otro de perlas, como recuerdo de aquella noche nupcial que había de dejar en el alma de la muchachita una eterna saudade...

V

Como una magnífica orquesta religiosa, las campanas de la ciudad levítica, simulando grandes pájaros de bronce, dejaban oír sus cantos, avisando a los fieles para una gran festividad. Cada campanero tenía el orgullo de que sus campanas sonasen más fuerte, y parecía que un músico loco y genial era el director de aquella orquesta.

En el cielo de color añil lucía un sol castellano, que quemaba la piel con escozor de cantárida; los balcones de la ciudad estaban adornados con colgaduras de percalina y ricas colchas de damasco.

Roberto Sanjurjo, despierto por las lenguas de bronce, llamó a su vieja nodriza:

—¿Qué pasa, Simona? ¿Por qué todas las campanas se han dado aviso para despertarme tan temprano?

—¿No lo sabes, Robertito? Tú eres el único que no está ya levantado para ir a recoger a su santuario a la protectora de los labradores, a nuestra Virgen de Sonsoles. Me temo mucho que en esas tierras de herejes, en donde has estado tantos años, hayas olvidado las creencias que te enseñó tu madre.

Al recuerdo tan tristemente querido de la madre buena y bellísima, los ojos de Roberto Sanjurjo brillaron con brillo de lágrimas.

—Ama Simona, para demostrarte que soy el mismo, voy a vestirme en seguida, no quiero ser el solo abulense que no salga a recibir a la Virgen.

Las cosechas amenazaban perderse, abrasadas por el sol y la falta de lluvia; comisiones de labradores ricos de los pueblos inmediatos habían venido a suplicar a la junta del santuario que concediese el permiso para sacar en rogativa a la Virgen de Sonsoles. Tu vieron que llegar casi a la violencia, pues algunos hermanos del Patronato se oponían; una larga experiencia los había hecho no dudar de la eficacia de la Virgen; el que se perdiesen las cosechas, significaba la ruina del labrador; ellos, en cambio, salían gananciosos, pues con sus contratos usurarios los tenían bien amarrados, y si las cosechas se

abrasaban y no podían pagar, se quedarían con sus casas y con sus tierras.

Por la polvorienta carretera, semejante a un río de ceniza, marchaban los fieles con los cirios encendidos, llenos de fe y esperando el prodigio. Roberto Sanjurjo, emocionado a su pesar por aquel espectáculo, que conmovió tantas veces su alma ingenua de niño, caminaba al lado de don Salustiano, el cura inteligente que el obispo, protector decidido del cretinismo, tuvo siempre postergado.

—Casi todos los hermanos del Patronato parecen los mismos; en esta ciudad tortuga, todo se estaciona, hasta el tiempo respeta a estas gentes.

—No es eso, don Roberto; es que en las ciudades por donde usted pasó se vivía, mientras aquí se vegeta. Yo, al salir del seminario, lleno de un misticismo exaltado, quise hacer socialismo cristiano. ¡Pobre del hombre que quiere traer a esta católica ciudad ideas de renovación! Hasta las murallas se convertirán en antenas de pulpo para apretar el cerebro del soñador, hasta que le anulan. Ahora ya no lucho, estoy fatigado como si tuviese un gran peso en mi espíritu; esta indiferencia y esta eterna sonrisa de burla ha matado al apóstol que yo hubiera deseado ser. Los mis-

mos desgraciados a quienes yo intenté favorecer se burlaron de mí. Era yo muy joven, don Roberto, y usted un niño; el río Adaja se desbordó; fué un invierno crudísimo; los viejos de la ciudad no recordaban otro igual. Con las inundaciones quedaron muchas familias sin hogar; nadie se le ofrecía; y una noche amaneció un niño con la sonrisa sarcástica del tempanizado: había muerto el infeliz de frío. Yo, en mi ingenuidad, creí encontrar una buena solución y me fui a hablar con el señor obispo; le propuse que se abriesen las puertas de la catedral, para que los pobres sin hogar durmiesen en la casa del Señor. En vano recordé la hospitalidad que el cabildo de Compostela dió a los peregrinos de todo el mundo durante el siglo xvi; el obispo me echó del palacio episcopal y hasta me amenazó con mandarme al último pueblo de la diócesis, al proponerle, viendo que no se aceptaba mi primera solución, que dejase dormir a los infelices en su palacio.

Roberto Sanjurjo preguntó:

—¿Siguen dando dinero a réditos los ricos y las casas de banca?

—Naturalmente, don Roberto—contestó el cura—; usted no comprende que esta gente carece de imaginación y de fantasía para otra

clase de negocios. Esto produce un interés seguro, y una vez muerto Mariano Velallos el bandolero, no ofrece riesgos.

Sanjurjo palideció intensamente.

El cura, que hacía tiempo que no había podido expresar su sentir, siguió hablando:

—No tiene usted más que fijarse en una cosa, señor Sanjurjo: ésta es, yo creo, la única provincia de España en que no existe ni un poeta ni un inventor. Fijese usted en la cara de don Antonio Rojas, ese que lleva el escapulario mayor que ninguno. Sus labios no dejan de moverse; va rezando para que no llueva y poder quedarse con medio pueblo de Villatoro, donde tiene dinero prestado y fanegas de trigo a tres por una.

El sol caía como plomo derretido; ni una sola nube se veía en todo el horizonte. Sin embargo, la fe de las gentes era tan grande que todas las señoritas se habían puesto los impermeables, pues la gente de los pueblos no consentía que se abriesen los paraguas; si la Virgen enviaba agua, había que mojarse por amor de ella; el amor hasta en religión se traduce por sacrificio.

A la mitad del camino del santuario la gente de los pueblos y la de la provincia se reunieron; la Virgen traía puesto el manto de

hule de las rogativas, para que no se mojase la imagen cuando el agua que había de ahuyentar el hambre en muchos hogares comenzase a caer.

Las palabras blancas y luminosas, como estrellas de la oración compuesta por San Bernardo, se elevaban hacia el cielo; las sufridas mujeres de Castilla lanzaban al aire de vez en cuando, con voz trémula y desgarrada, una invocación a la Virgen Madre.

—Señora, haz que llueva; la lluvia es pan, y el pan lo necesitan mis hijos.

Otras caminaban descalzas detrás de la imagen veneranda; más de una dejó el dibujo de sus pies en sangre sobre el polvo del camino.

Todos los rostros se volvieron hacia un lugar del horizonte donde acababa de aparecer una cinta de gasa que poco a poco se agrandaba.

Muchas personas no podían contener lágrimas de gozo; un grupo de mujeres comenzó a cantar ingenuas canciones:

*Virgen santa de Sonsoles,
tú que tienes el poder,
quita el candado a las nubes
y deja el agua correr.*

Como si la copla fuera un conjuro mágico que tuviera el poder de abrir las cataratas del cielo, el agua comenzó a caer, primero menuda y después en gruesas gotas, que la tierra sorbía voraz.

Los fieles comenzaron a entonar el "Te Deum", y entre un entusiasmo clamoroso e indescriptible penetró la sagrada imagen en la catedral, que tiene aspecto de fortaleza.

—¿Qué piensa usted de esto, don Roberto?
—interrogó el sacerdote.

—La fe lo consigue todo; Dios no podía negarse a los deseos de todo un pueblo; la voluntad de tantas almas pensando en la misma cosa intensamente, tal vez haya obrado el prodigio. No lo sé, y prefiero no analizar; es más bello creer en un milagro.

VII

Los primeros días de su llegada a la ciudad de los campanarios, el alma del bandido estaba como adormecida; la transformación nocturna siguió verificándose, pero el espíritu del bandolero se contentaba con recordar los lugares donde vivió con su anterior compañero. Roberto salía todas las noches a dar paseos a caballo, y pasaba largas horas vagando por los alrededores de Cardenosa y por la llanura del Valle Amblés.

Dormía muy poco; sus dos almas querían aprovechar el tiempo que a cada una de ellas pertenecía; se acostaba dos horas antes de amanecer para levantarse cuando el sol ya llevaba dos horas luciendo.

Por la ciudad comenzaba a correr la voz de que el alma del bandolero recorría por las noches los lugares que prefirió en vida.

Cuando ya las correrías nocturnas fatigaron el alma inquieta del bandido, ésta tuvo nuevos caprichos. Su viejo criado se extrañaba de la crueldad con que llegó algunas noches hasta a apalearle por las más nimias cosas. Todas las noches tomaba el propósito de marcharse al día siguiente, pero cuando entraba en su habitación con ánimo de comunicárselo, la voz de Roberto era tan dulce, su tono tan cordial, y esto, unido a que le conoció de niño y a que nunca revisaba las cuentas que él le ponía, le decidía a no abandonarlo. Su señorito debía emborracharse, no sabía cuándo, porque antes de salir de casa había él notado los cambios, pero no le cabía duda.

Ahora salía todas las noches vestido de paleta para visitar las más horribles guaridas del vicio y de la lujuria, situadas en el barrio de las Vacas, y donde oficiaban de sacerdotisas unas repugnantes mujeres, casi sin forma humana, roídas por las más atroces enfermedades.

Se hacía llamar Marianete Velallos, diciéndole que era un pariente cercano del bandido; no quiso renunciar al prestigio del nombre del bandolero; en aquel barrio era "el rey y señor"; nadie se atrevía a disputarle una mu-

jer, ni a negarse a ninguno de sus caprichos.

Estaba muy reciente el día que un mozállón de Arenas de San Pedro no quiso aceptarle una ronda de vino de Cadalso. *Marianete* pidió una azumbre en un cántaro, y con un embudo puesto en la boca del muchacho se lo hizo trasegar, sin que le valieran sus briceps de atleta ni su navaja cabritería.

Por las mañanas iba al Rastro, una especie de mirador sobre la extensa llanura del Valle Amblés. Allí se reunían las señoritas de la ciudad de los campanarios con el pretexto de terminar unos *jerseys* de punto de media; todas hablaban y reían criticando a las veraneantes, que las robaban los novios con el encanto de lo desconocido y de una belleza más estilizada.

Pepe Arcos, el conquistador de tres generaciones, paseaba con mucho ruido de espuelas luciendo su gallardía, un poco *fanné*; las jovencitas le miraban sonrientes, y él, que tuvo para las hijas una palabra de amor, sabía también, a pesar de sus años, encender una luminaria de ilusión en el corazón de aquellas muchachas, en cuyo grupo tal vez había más de una que podría llevar su apellido.

Roberto Carvajal, el escritor lírico, con as-

pecto de portugués, que iba desde largos años a pasar el verano en la ciudad del Adaja, discutía con dos catedráticos del Instituto sobre las religiones antiguas; dentro de dos días sería el concierto de piano que todos los años daba en el Casino de la Amistad, y donde eternamente ocurría lo mismo: que le dejaban solo, a pesar de ser un gran virtuoso y un inspirado compositor. La *gente bien* de la ciudad no sabía oír música; su sensibilidad no pasaba del *fox-trot* de las campanas.

Carmen Sanjuán paseaba muy familiar del brazo de su amiga Tomasa Galindo; iban con las bocas casi juntas y las llamas sáficas brillaban en sus ojos; los cadetitos sonreían equívocos al verlas pasar.

Roberto Sanjurjo hablaba con María Teresa Ponce de León, una belleza rubia de mirada inteligente y serena y boca grande, de labios lisos y rojos, que le sonreían con afecto. La decía bellas palabras con su voz rítmica y emocional; había jurado ser su amigo, no decirle una palabra de amor, y las frases amorosas, con la emoción de lo eterno, habían salido de sus labios atropellándose, sin que su voluntad fuese bastante fuerte para contenerlas.

María Teresa oía las eternas palabras con

un recogimiento religioso; ella también desde el primer día entregó su alma buena e ingenua a aquel ser tan dulce y tan melancólico que era para ella el Presentido.

Cuando se separaban y él pensaba en la triste tragedia de su vida, Roberto Sanjurjo quería huir de aquel amor; la muchachita de alma dorada, el amor de su alma buena, no podría nunca ser su esposa. El necesitaba una mujer que tuviese dos almas, para que una fuera del bandido y otra de él. Debía huir, no turbar la paz espiritual de la provincianita, virgen integral de alma y cuerpo.

Al pensar que tenía que separarse de ella y de los lugares en que había sido amado por las dos solas mujeres que supieron sembrar de flores su triste existencia, Roberto Sanjurjo se desesperaba; ¿qué había hecho él para que su cuerpo no pudiese reposar en ningún sitio y tener que caminar sin descanso como Ashavere el maldito? ¿Qué iba a ser de su alma sin aquella mujer!

Ya no podía luchar más. Se encontraba aniquilado; quería resistir y no le era posible; el porvenir se le presentaba desconsolador. ¿Cómo le despreciaría cuando se enterase de su existencia nocturna! ¡Estaba tan extrañada de no verle por las noches! Mien-

tras el alma ladrona, a la que odiaba frenéticamente, disponía de su cuerpo a su antojo, la mujercita adorada le esperaba inútilmente en su reja.

El crepúsculo iba cayendo, y Roberto Sanjurjo tenía que empezar su doble existencia; se vistió y llegó al barrio de las Vacas. Zola, *La Cangreja*, llamada así por sus cabellos rojizos, le recibió.

—¿Ya estás aquí, buen mozo? Me alegro; hoy ha venido una corderita *mu maja*. ¿Quieres verla?

—Natural. ¿A qué aguardas?—contestó Sanjurjo.

La muchacha salió. Podría tener diez y siete años, y era una mocica linda y pálida, con una belleza señorial. Al enterarse su padre de que estaba encinta, la arrojó de su casa, y sola y sin dinero fué a parar a aquella horrible madriguera.

Hababa con Roberto.

—Quiero ganar mucho para comprarme una cruz de unas piedras que brillan como ascuas. He visto hoy una que llevaba una señorita que paseaba por la plaza.

—¿Te gustaba?—contestó Roberto—. Sería de brillantes. ¿Quieres que yo te regale una cruz?

Los ojos de la prostituta brillaron de deseo. Roberto Sanjurjo desapareció, y volvió con un hierro al rojo.

Arrancó la blusa de la pobre muchacha, que lanzaba terribles gritos de dolor, mientras sus ojos parecían que se la iban a saltar, y la dibujó una cruz entre los dos senos.

—¡Querías una cruz, pues ya la tienes, mujer!

A los gritos de la infeliz penetraron la abadesa y las hermanas de aquella cofradía, y Roberto, lleno de una furia demoníaca y lanzando carcajadas de poseído, fué dibujando cruces en todos los pechos.

Al abrir la puerta unos hombres protestaron.

—El que quiera, que se acerque—dijo Roberto—. También sé dibujar cruces en el corazón de los hombres.

Nadie respondió al reto, y Roberto Sanjurjo salió, después de lanzar una plebeya carcajada.

VIII

A la mañana siguiente, aterrado con el recuerdo de la noche anterior, Sanjurjo fué a bañar su alma de luz con la presencia de María Teresa Ponce de León. Tenía una fatiga moral terrible. Sus ojos estaban rodeados de círculos oscuros, y ya no tenía ánimos para seguir luchando.

Miraba a la mujercita con una insistencia extraña, como si desease que su imagen no se borrara nunca de su retina.

—¿Me amas mucho, María Teresa?

—Con toda mi alma, Roberto; con un amor tan inmenso que sólo tú puedes inspirarlo; porque después de conocerte a ti, todos los hombres parecen duros, dominadores. Yo estoy enamorada de tu alma, luminosa como ninguna; de tu voz, de inflexiones tan dul-

ces; de toda la melancolía que te dejó el triste fin de tu madre, y que yo con mi cariño iré curando. Me gustan tus ojos y tus manos principescas; pero comparadas con tus cualidades espirituales, estas cosas no tienen importancia.

—Si yo fuera malo, si gozase causando dolor, si fuese plebeyo y cruel, ¿me querrias, María Teresa?

—¡Qué preguntas: ya sabes tú que no! Si yo fuera capaz de querer a un hombre como al que has pintado, dejaría de ser yo. Mi alma es dulce y serena; por esto se enamoró de la tuya, que también reúne las mismas condiciones; si no te hubiera encontrado en mi camino, yo hubiera entrado en las Carmelitas; todos los hombres que conocí antes de ti me daban miedo. Tú solo has podido inspirarme este cariño, que será eterno.

—Gracias, María Teresa—exclamó Roberto lentamente, como si fuese besando las palabras que dirigía a su amada—; yo también te amo mucho; tú, que nunca has sufrido, no puedes adivinar este amor tan inmenso que te tengo, tan grande como la eternidad; elige el día en que tú quieras que nos casemos.

María Teresa guardó silencio durante unos instantes; la alegría espiritualizaba aún más

el rostro de la que debía ser esposa casta del Señor.

—¿Te parece bien el 15 de octubre? Es la fiesta de Santa Teresa, mi patrona.

—Muy bien; la fecha más cercana, ésa sería la preferida por mí.

Se despidieron con un beso todo luz—el primero—, y Roberto siguió con la mirada a María Teresa hasta que el cuerpo ondulante de la serena mujercita desapareció debajo del arco de Doña Guioimar.

Entonces se arrepintió de haber contraído un compromiso tan serio con su novia. La presencia de su amada, sus frases de amor, le habían hecho olvidarse del triste misterio de su vida. El espíritu del bandido era cada día más cruel y más arbitrario.

Por cariño hacia ella tenía que renunciar al amor y huir para siempre de la dicha.

Llegó a su casa y allí, acodado ante su mesa de despacho, siguió entregándose a sus pensamientos.

Su alma se aternaba a aquel amor. No podía renunciar a él. Por el día seguiría siendo él, y cuando las sombras iluminasen la tierra, cumpliría los deseos del espíritu del bandido; esto era preferible a no verla nun-

ca más; inventaría un pretexto para seguir su doble existencia.

Entonces, como un rayo destructor de sus esperanzas, las palabras de Woman vinieron a su memoria: "Un día puede huír tu alma, dejándote a merced de la del bandido."

Lloró de impotencia; no tenía salvación. Temblaba al pensar que María Teresa Ponce de León pudiera quedar a merced del alma del bandido; no era posible: cualquier noche también tendría el capricho de dibujarla una cruz de fuego en el pecho.

La idea de la muerte penetró por primera vez en su cerebro, iluminando las sombras de su tristísima existencia.

Dirigió una carta a María Teresa y otra a don Salustiano.

Dejaba su capital para que el cura dispusiese de él a favor de los pobres; también le pedía que comprase unas cruces de perlas y brillantes para enviarlas a una casa de mala nota cuyas señas dió.

El crepúsculo iba cayendo, y él sentía que la sustitución de su alma iba a verificarse; empuñó un revólver, lindo como un dije, y enajenado comenzó a gritar:

—¡Sal de mi cuerpo, alma ladrona; alma que me robaste el amor y la paz, e hiciste

de mí un monstruo! ¡Sal para que yo vuelva a ser bueno! ¡Vete, vete!

A los gritos siguió una detonación, y las dos almas de Roberto Sanjurjo penetraron en el reino de la Serenidad.

.....
Por suicida la ciudad le consideró réprobo, y no permitió que le enterrasen en sagrado.

En un rincón del cementerio civil se lee este extraño epitafio, que causa la admiración de los turistas:

"Aquí yace un pobre hombre que vivió dos vidas."

Encarnación de Vique